

MIGUEL HERNÁNDEZ

**EL
HOMBRE
ACECHA
AL
HOMBRE**

ESCRITOS
PERIODÍSTICOS
DE GUERRA
(1937-1938)

Introducción, edición y notas
de Joaquín Riera Ginestar

Alianza editorial

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de cubierta: Josep Dols

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Joaquín Riera Ginestar, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-142-2

Depósito Legal: M. 20.944-2025

Printed in Spain

Índice

Dedicatoria	13
Miguel Hernández, <i>ruiseñor manchado de naranjas</i>	17
Introducción	19
Escritos periodísticos de guerra	101
I. Defensa de Madrid. Madrid y las ciudades de retaguardia	103
II. Para ganar la guerra	109
III. Los seis meses de guerra civil vistos por un miliciano	117
IV. El deber del campesinado	123
V. Primeros días de un combatiente	127
VI. Hombres de la Primera Brigada Móvil de Choque .	131
VII. El pueblo en armas	143
VIII. El reposo del soldado	147
IX. Carta abierta a Valentín González el Campesino .	151
X. Al Cuerpo de [Seguridad y] Asalto	155
XI. Las luchas y la vida del campesino andaluz	161

XII.	Compañera de nuestros días	169
XIII.	Los evadidos del infierno fascista	177
XIV.	En el frente de Extremadura	187
XV.	El hijo del pobre	193
XVI.	La ciudad bombardeada	199
XVII.	El hogar destruido	203
XVIII.	La vida en la retaguardia	207
XIX.	El fascismo y España	211
XX.	La fiesta del trabajo	215
XXI.	Los hijos del hierro	219
XXII.	La rendición de[l Santuario de] la Cabeza	225
XXIII.	Sobre la toma de[l Santuario de] la Cabeza	237
XXIV.	Los traidores del Santuario de la Cabeza	247
XXV.	Los problemas del pan	257
XXVI.	Familia de soldados	263
XXVII.	¡Salud, Extremadura!	269
XXVIII.	El guerrillero	275
XXIX.	La poesía como un arma	281
XXX.	El poeta en la guerra	285
XXXI.	La URSS y España, fuerzas hermanas	297
XXXII.	El arte y la guerra	303
XXXIII.	Nuestro homenaje al 7 de noviembre [de 1936] .	309
XXXIV.	Firmes en nuestros puestos	315
XXXV.	Un año de guerrilla en Galicia	323
	Fotografías de la época de la Guerra Civil	335
	Cuatro prosas de guerra inéditas	369
I.	Los niños de la guerra	371
II.	España	375
III.	Los pueblos unidos	379
IV.	Contra el rencor	383

Índice

Semblanzas de Miguel Hernández por sus coetáneos	389
Artículos aclaratorios del editor sobre la labor periodística de guerra de Miguel Hernández	425
Miguel Hernández y su información sobre el asalto al santuario de la Cabeza	427
La cuestión de la guerra de guerrillas y su vinculación con la Guerra Civil y Miguel Hernández	433
El viaje de Miguel Hernández a la URSS y su influencia en su persona y obra	454
Miguel Hernández en la batalla de Teruel	463
Bibliografía	473



Retrato de Miguel Hernández incluido en el poemario *Viento del pueblo* (1937).

Vivo para exaltar los valores puros del pueblo,
y a su lado estoy tan dispuesto a vivir como a morir.

«La poesía como un arma»,
Miguel Hernández, agosto de 1937

Dedicatoria

Dedico esta obra a las 600.000 víctimas de la guerra civil española (1936-1939), 450.000 de ellas caídas en los frentes y 150.000 asesinadas por la represión contra civiles de ambos bandos (100.000 en la zona nacional y 50.000 en la republicana), así como a las 50.000 víctimas de la represión franquista de posguerra (1939-1946), entre ellas Miguel Hernández Gilabert¹.

Especialmente dedico *El hombre acecha al hombre* al alcalde de Tormos José Perelló Torrens (1885-1955), al teniente de carabineros Juan Perelló Milvaques (1902-1978), al carabineiro Severino Ginestar Ballester (1905-1964), al soldado Saturnino Morant Ripoll (1909-1938), al teniente en campaña José Perelló Ballester (1913-1938) y al soldado Joaquín Riera Estela (1915-1988), víctimas de la guerra y de la represión posterior².

Como descendiente de combatientes alicantinos que estuvieron en las mismas trincheras que Miguel Hernández, quiero

dedicarles a ellos, a los que cayeron en el frente y a los que —tras un periodo de encarcelamiento y de servicio militar posbélico— volvieron y me contaron parte de lo que vivieron, pero también a aquellos que desde responsabilidades políticas en la retaguardia hicieron frente con valor y honor a la agresión fascista y padecieron represión y cárcel por ello, esta edición de las prosas de guerra de Miguel Hernández, testigo directo y auténtico de unos hechos que no deben caer en el olvido ni tampoco ser manipulados ni banalizados mediante monografías tendenciosas o a través de novelas deslavazadas.

Con esta dedicatoria no se pretende patrimonializar la figura y la obra de Miguel Hernández en un sentido ideológico concreto, aunque ello sea bastante difícil de evitar sin faltar a la verdad de lo que fueron su existencia y su creación literaria, volcadas totalmente desde 1936 en la causa comunista. A este respecto, aquellos que se acerquen con una mirada prejuiciosa hacia la obra hernandiana o justamente eviten aproximarse a ella por algún arraigado prejuicio ideológico, deben tener en cuenta, como así lo ha señalado Leopoldo Urrutia de Luis (1994), que la poesía y la prosa de guerra y de posguerra de Miguel Hernández pueden verse a luz de la dialéctica marxista de la lucha de clases, pero sus hondos sentimientos de justicia social y solidaridad, como no podía ser de otra manera proviniendo de un autor de formación humanística judeocristiana, coinciden igualmente con las bienaventuranzas proclamadas por Jesús de Nazaret.

En este sentido, si nos desprendemos momentáneamente de la lente del materialismo histórico para acercarnos al núcleo esencial de la obra de Hernández y lo hacemos desde una óptica humanista, su poesía y su prosa, sin perder por ello un ápice de su radical historicidad y ejemplaridad³, pueden verse bajo la luz de una abierta, sincera y auténtica proclamación y defensa, no solo literaria sino también y sobre todo vital, de los derechos

humanos y los principios éticos universales más sagrados y desgraciadamente todavía hoy cuestionados y amenazados, cuando no pisoteados, en muchas partes del mundo.

Notas

¹ Las cifras de víctimas han sido tomadas de Casanova Ruíz (2022).

² Para los datos biográficos del alcalde y los combatientes republicanos de Tormos y de Sanet i Negral aludidos, véase Riera Ginestar (2016).

³ David Becerra (2014) ha calificado como «muerte hermenéutica» de Miguel Hernández el proceso de despolitización y deshistorización al que, siguiendo una operación ideológica, fueron sometidas su producción poética y su figura durante la celebración del centenario de su nacimiento en 2010. Según Becerra, se buscó institucionalizar al poeta borrando de él la huella de lo político y haciéndole regresar como hombre y como poeta, pero no como un sujeto político radicalmente inscrito en la historia. Esa apropiación de Hernández por parte de los aparatos del Estado como patrimonio cultural se hizo desactivando la relación de su poesía con lo político, subrayando siempre su calidad humana y poética y aludiendo como mucho a su compromiso republicano, pero no a su militancia comunista. Para Becerra, en fin, dicho proceso de «muerte hermenéutica» supuso un intento de liquidación del sentido de la poesía hernandiana para que, una vez vaciado de lo político, el signifiante «Miguel Hernández» pudiera llenarse de cualquier cosa y se le pudiese hacer decir a su poesía también cualquier cosa.

A este respecto, siguiendo el argumento del profesor Becerra (2014), hay que tener cuenta que con *Viento del pueblo* (1937) Miguel Hernández fundó una nueva práctica de la poesía que pretendía situarse fuera de los parámetros poéticos burgueses, realizarse en el mundo y convertirse en práctica revolucionaria, pensando desde y contra la explotación. Dicha poesía funcionaba como un documento histórico con el que Hernández quería captar las vidas de los de abajo, su épica cotidiana en el trabajo y en el frente. Además, dicho poemario incor-

poró fotografías, situándose así en la estela de la literatura documental, una nueva literatura que ya se estaba produciendo en los tiempos de la República y que perseguía no solo ser realista, sino mostrar directamente la realidad.

Puede decirse que el Miguel Hernández poeta del pueblo, que escribía desde y para las trincheras, inventó una nueva forma de literatura fruto de la unión de la tradición oral y popular de la literatura española con la propaganda; una literatura directa que buscaba interpelar a los soldados para que no se rindieran y se mantuvieran firmes en la lucha. En este sentido, Hernández, que fue el primer poeta que emprendió una gira por España, por los frentes, para agitar al pueblo en armas, inventó la figura del poeta que, como intelectual orgánico, se dirige al pueblo, clama por el triunfo de su causa y lo moviliza para el combate.

Miguel Hernández,
*ruiseñor manchado de naranjas*¹

Recordar a Miguel Hernández que desapareció en la oscuridad y recordarlo a plena luz, es un deber de España, un deber de amor. Pocos poetas tan generosos y luminosos como el muchachón de Orihuela cuya estatua se levantará algún día entre los azahares de su dormida tierra. No tenía Miguel la luz cenital del Sur como los poetas rectilíneos de Andalucía sino una luz de tierra, de mañana pedregosa, luz espesa de panal despertando. Con esta materia dura como el oro, viva como la sangre, trazó su poesía duradera. ¡Y éste fue el hombre que aquel momento de España desterró a la sombra! ¡Nos toca ahora y siempre sacarlo de su cárcel mortal, iluminarlo con su valentía y su martirio, enseñarlo como ejemplo de corazón purísimo! ¡Darle la luz! ¡Dársela a golpes de recuerdo, a paletadas de claridad que lo revelen, arcángel de una gloria terrestre que cayó en la noche armado con la espada de la luz!

Muchas cosas he dicho de Miguel en mi poesía²: que este nuevo recuerdo en esta fecha de vida y muerte memorables sea

una línea más de la carta que le escribo, como si no hubiera pasado nada, como si aún estuviera en alguna parte, cantando, silbando y riendo. Líneas de una carta interminable que seguiré escribiéndole hasta que su canto me responda, nos responda, luminoso y victorioso.

Pablo Neruda,
París, septiembre de 1960

Notas

¹ Este texto en forma de carta y originalmente redactado sin título —el que figura es nuestro—, fue escrito por Pablo Neruda (1904-1973) el 6 de septiembre de 1960 en París con motivo del cincuenta aniversario del nacimiento de Miguel Hernández, que se cumplía el 30 de octubre de 1960. En España se publicó el 6 de octubre de 1973 en la revista *Triunfo* (Muñoz Suay, 1973).

² Como ejemplo de la presencia de Hernández en la poesía de Neruda puede citarse el poema «A Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España», que forma parte del libro *Canto general* (1950).

Introducción¹

Las prosas olvidadas del *ruiseñor entre fusiles*

Sin duda alguna Miguel Hernández Gilabert (1910-1942), trágica víctima ilustre del franquismo² junto con Federico García Lorca (1898-1936), es conocido universalmente como poeta de la pasión y del amor atormentado. Asimismo, su nombre resuena como poeta de la entrega entusiasta a la causa del pueblo en guerra³. En este sentido, se le llegó a considerar como el gran poeta de la gente y de la revolución, siendo un modelo de intelectual comprometido que combinó las trincheras con los «altavoces del frente» y que escribió fervorosa poesía política en favor del bando republicano en el marco de la Guerra Civil.

Ahora bien, el gran público desconoce la faceta prosística —y también la dramaturgica— del pastor de Orihuela, conformada por un volumen modesto pero interesante de textos que han sido eclipsados, cuando no directamente ignorados, por el peso y el

brillo de su obra poética. A este respecto, debe ponerse de manifiesto que Miguel Hernández, además de un gran poeta, fue también un hábil periodista y cronista de guerra rico en recursos que, con intensidad, vigor y fuerza de convicción, y con ocasión de su presencia y actividad en distintos frentes como miliciano de la cultura y comisario político, escribió una serie de prosas que aparecieron en diferentes publicaciones entre enero de 1937 y abril de 1938. Esos textos, redactados en 1937 y referidos a sucesos comprendidos entre julio de 1936 y diciembre de 1937, nos informan, en primera persona, de variados aspectos del día a día en las trincheras así como de la marcha de la guerra.

Porque, a diferencia de otros cronistas de guerra ausentes del campo de batalla y pretendidamente equidistantes y ecuanímenes como Manuel Chaves Nogales (1897-1944), que dejó España en noviembre de 1936, Miguel Hernández sí que vivió de primera mano, como testigo y actor en el escenario bélico y, por tanto, sin posible equidistancia ni ecuanimidad real o fingida, los hechos narrados, siendo este un elemento que realza el valor de su prosa periodística y de propaganda recogida en este libro bajo el título de *El hombre acecha al hombre* (HAH). Este nombre lo tomamos de su último poemario de guerra, *El hombre acecha* (1939), el cual, concluido en septiembre de 1938, reunía principalmente poesías de ese año y, aunque estaba previsto que viese la luz en Valencia en marzo de 1939 —los pliegos estaban impresos, plegados y preparados para su cosido y encuadernación desde febrero del 39—, no fue publicado hasta 1981 a causa de la derrota republicana. En esa obra, el poema inaugural, «Canción primera», se cierra con un verso que, aludiendo al enfrentamiento fratricida y por extensión al adagio plautino *Homo homini lupus* popularizado por Thomas Hobbes, dice:

Hoy el amor es muerte,
y el hombre acecha al hombre

Como acercamiento preliminar puede afirmarse que en las páginas en prosa dirigidas a milicianos, campesinos y obreros que conforman la obra periodística del poeta alicantino «la verdad habla a balazos» y la vida y el destino del poeta quedan irrevocablemente fundidos. En esos textos, escritos a un ritmo febril y precipitado entre incomodidades y sobresaltos propios del frente, Miguel Hernández ejerce como periodista utilizando una gran variedad de registros y, elevándose por encima de la circunstancialidad bélica y política, logra brillantes páginas que revelan al poeta y al escritor fundidos en una voz cargada de lirismo.

En las prosas de guerra hernandianas, literatura e ideales humanos, arte y vida cristalizan en un lenguaje enérgico y apasionado que compromete radicalmente al poeta, al cual no se le puede llamar propiamente corresponsal de guerra porque su público lector no es el de las zonas de retaguardia sino las mismas unidades combatientes. Sin duda, su visión entrañable de algunos protagonistas y hechos bélicos narrados logra acentos conmovedores, su fe en la causa del pueblo adorna los hechos con esplendores épicos y, esto también hay que reconocerlo, las consignas y presiones inevitablemente impuestas al Miguel reportero militar y comisario por parte del mando político llegan por momentos a sofocar, seguramente contra su voluntad, la pasión por la verdad que siempre manifiesta.

Como conclusión se puede decir que si todos los artículos periodísticos de guerra de Miguel Hernández, a pesar de los matices señalados, tienen una notable relevancia teórica, ideológica y literaria, no debe pasarse por alto su gran importancia biográfica. En este sentido, Miguel se jugó la vida y su destino con la redacción de sus prosas bélicas, pues, siendo trasladada en junio de 1939 la causa penal abierta contra él al Juzgado Especial de Prensa (Madrid), donde fue procesado por delitos de opinión y no por ningún crimen de guerra, el hecho deter-

minante que le acarrió una sentencia de muerte y que le llevó a morir privado de libertad fue fundamentalmente su actividad periodística⁴.

Al respecto de la faceta de Hernández como cronista de guerra —aspecto biográfico y profesional decisivo en su fatídico final—, no debe perderse de vista el hecho de que si bien él se consideró siempre poeta y no periodista, el desempeño por su parte de una intensa labor periodística en 1937 no fue algo casual. Podría decirse que esa actividad de reportero bélico fue, hasta cierto punto, el reflejo de una vocación hacia la tarea informativa que manifestó ya en su etapa juvenil, cuando empezó a publicar poemas y prosas en los periódicos de Orihuela, Alicante y Murcia. Dicha vocación, alentada desde 1931 por la necesidad de ganarse la vida en Madrid, fue *in crescendo*. Así, en octubre de 1932 dirigió una carta a Luis Almarcha (1887-1974), canónigo de la catedral Orihuela y mentor suyo, solicitándole una recomendación para el periódico católico *El Debate* de Madrid, el cual buscaba aspirantes para una Escuela de Periodismo. Pero Miguel no pudo inscribirse por no tener la titulación requerida.

Solo en 1935 obtendría un empleo literario cercano al periodismo de investigación, un trabajo remunerado con unas 300 pesetas mensuales al servicio del escritor republicano conservador José María de Cossío (1892-1977), que en ese momento estaba al cargo de la enciclopedia *Los Toros* (1945) en la editorial Espasa-Calpe. Para la confección de esta obra, Hernández pasó muchas horas en la Biblioteca Nacional recopilando datos biográficos de toreros —de hecho, él mismo escribió alguno de los perfiles como el de José Ulloa, *Tragabuches*— y también tuvo que hacer viajes por Andalucía para documentarse y realizar entrevistas. Además, para completar el modesto salario proporcionado por Cossío, Miguel consiguió en el aciago mes de julio de 1936, contratado por Nicolás María de Urgoiti, un empleo

como colaborador en el novedoso género de la charla radiofónica en los micrófonos de la emisora Unión Radio Madrid, ligada al diario liberal *El Sol*. Concretamente, el 13 de julio comenzó a escucharse su voz a través de las ondas, cobrando 50 pesetas por cada aparición. Pero cuatro días después estalló la guerra y Hernández no volvió a aparecer por la emisora. No obstante, y de forma paradójica, ese dramático momento de choque fratricida marcó el inicio de su labor auténticamente periodística, algo que ocurrió a partir de enero de 1937. Desde esta fecha y hasta diciembre del mismo año, Miguel se convirtió en corresponsal de guerra, haciéndolo no desde los despachos y las redacciones de retaguardia, sino desde los mismos frentes y trincheras de combate.

Del catolicismo y el esteticismo neobarroco al compromiso político y social

Ahora bien, las prosas iniciales de Miguel Hernández no tienen nada que ver con sus escritos de guerra ni en la forma ni en el fondo. En este sentido, en el arranque de «Escenas», el primer texto que publicó el 15 de abril de 1930 en el periódico oriolano *El Pueblo*, el futuro poeta de la gente y reportero de guerra escribía con afectación:

A la puerta de una pintoresca barraca, casi cobijada por una frondosa parra que la regala con su sabroso fruto y su fresca sombra, celébrase un típico baile. Mozas y mozos ataviados con sus más bellas galas bailan. Estos últimos susurran, al cruzar junto a ellas, dulces palabras de amor, que al escucharlas quienes las suscitan, entornan ruborosas los brilladores ojos y complacidas entreabren los rojos labios por un peregrino momento para mostrar la luna de los blancos dientes en el cielo moreno del aterciopelado rostro.

Suspiran cadenciosas las guitarras, pulsadas por temblorosos dedos, conocedores de las intensas emociones que duermen en sus cordajes... Una potente y briosa voz hiere el cristal impalpable del viento, y una copla impregnada de melodías y querencias sube en sus alas invisibles y llena los ámbitos... Palmotean nerviosas manos... Zapatean persistentes muchos pies... Relampaguean lúbricas bastantes miradas... Brotan en distintas bocas requiebros... La serena tarde abrileña, día de luz, hermosura y aromas, todo lo acoge en su dulce seno...

Asimismo, en «Ciudad de mar ligero y campo rápido», una prosa posterior a su frustrado primer intento de establecerse en Madrid que vio la luz el 3 de agosto de 1933 en el rotativo murciano *La Verdad*, el poeta alicantino describía, de manera enrevesadamente barroca, la impresión que le había causado el paisaje cartagenero:

[...] El puerto como un corro de colores, ronda de sol, de lino y de madera. Sin arenas, sin playas las orillas, no sin gracia. La belad midiendo de la espuma, aletear de remos promotores. Oasis de aridez, racimo de belleza fomentado por el completo abrazo limonado, la isla del faro de oro. Dos faros más, idioma rojo y loro, que interpretan los ojos de alta mar. Gaviotas viejas, celestial y no marina y no serenidad, espuma, con hollines de barcos y de edad sobre su visto vuelo, coordinadas al agua recolectan mollares consecuencias lorigadas [...]. Los barcos, como cisnes que vayan a morir, barítonos de humo y emigrantes, cantan yéndose. Velas a lo navajas empuñadas, cuanto más se divorcian de las márgenes más encanecen, más se transfiguran: cuanto más interponen entre nosotros y ellas más sal en situaciones turquesadas [...].

Se puede afirmar que tanto estos dos textos como el resto de los que publicó hasta 1935 en medios de comunicación católi-

cos y conservadores como la revista oriolana *El Gallo Crisis* (1931-1935), fundada por su malogrado amigo Ramón Sijé (1913-1935), constituyen prosas poéticas o poemas en prosa ubicados en un principio dentro de una corriente neorromántica costumbrista afectada por la escritura de su paisano Gabriel Miró (1879-1930) y pronto inseridos de manera clara en una tendencia estilística neogongorina. De esta última corriente es fiel testimonio el primer libro de poemas de Miguel, *Perito en lunas* (1933), influido también por el ultraísmo vanguardista. Esta moda literaria de raigambre barroca culteranista y conceptista de la que adolece la prosa inicial de Hernández, se desarrolló a raíz de la celebración en 1927 del tercer centenario de la muerte del poeta cordobés Luis de Góngora (1561-1627) y promovió entre los jóvenes escritores la conquista del texto como puro instrumento poético.

Así pues, el primer contacto de Miguel con la prensa estuvo representado por un periodismo lírico conformado por textos poéticos; por una prosa que brillaba, a pesar de su artificiosidad, a través de la imagen original, de la meditación basada en la sabiduría popular e incluso de la observación humorística. En esos textos, si bien el poeta alicantino lograba darle a la palabra escrita intensidad y potencia evocadora, apenas penetraba en la realidad que le envolvía y de ninguna manera lo hacía críticamente.

No obstante, su estilo literario sufrió en breve tiempo una notable transformación. De esta manera, con el vuelco radical experimentado en pocos años por los gustos artísticos al calor de los acontecimientos políticos y sociales que se sucedieron a partir de la proclamación de la Segunda República española en 1931, desde la literatura y publicaciones como la revista *Octubre* (1933-1934) se pretendió la conquista de la prosa como puro instrumento de lucha. En ese marco, el poeta, que participaría en dos Misiones Pedagógicas en abril de 1935 (Salamanca) y

marzo de 1936 (La Mancha) y cuya mentalidad había ido evolucionando desde un cristianismo social hacia posturas ideológicas marxistas, cambió su registro, sobre todo tras instalarse definitivamente en Madrid en los inicios de 1935, después de varias tentativas fallidas en 1931-1932 y 1934⁵.

Un ejemplo de esa metamorfosis lo encontramos en la prosa inspirada por la Misión Pedagógica de Hernández por tierras salmantinas titulada «Verano e invierno», publicada el 15 de noviembre de 1935 en la revista madrileña republicana *Línea* y donde el escritor alicantino manifestaba su solidaridad con el campesinado castellano-leonés:

No encontraba dónde dormir en aquella aldea castellana [de la provincia de Salamanca]: no había más que las camas precisas para sus vecinos. Acudí al alcalde, para que él me indicase un refugio y me dijo que únicamente había uno por ocupar: el calabozo, que me ofrecía con mucho gusto. Le di las gracias y me salí al campo, dispuesto a dormir al pie de un olivo. Corrían tiempos de junio⁶ y se podía dormir en cualquier parte. Pero encontré una era, y la paja es más recomendable al sueño que un tronco. Allí dormí. A las tres del alba, íbamos los tres hombres de la trilla y yo con dos carros a por espigas. El más joven y yo, en el carro delantero, hablamos mucho. Supe una vez más lo que vengo sabiendo desde que me conozco: la trágica vida del campesino.

Antonio tenía un jornal de siete pesetas. Para cobrarlas, trabajaba desde las dos y media o las tres de la mañana hasta las diez de la noche. Diecinueve horas y media de jornada, dos de taberna y dos y media de mujer y sueño. No se quejaba por tanto trabajo; su deseo, como el de todo buen campesino, era que no le faltara. Pero se indignaba, echaba chispas por los ojos y los puños, comentando las palabras de un político, que había declarado por entonces que la gente del campo tiene para vivir suficientemente con tres pesetas. Pasábamos sobre rastros, entre

gritos a las mulas, un eclipse, segadores madrugeros. Entramos en unos eriales. Los cardos alcanzaban el vientre de la caballería, que quería huir de los arañazos.

—Mira —me dijo, señalándome aquellas tierras de maldición—, aquí vendré a labrar cuando se acabe la faena en la era. Aquí metería yo al tío ese (se refería al político), descalzo y con arado, a ver qué hacía⁷. ¿Qué somos animales, Miguel? Fíjate: gano ahora siete pesetas, pero este filón dura dos meses nada más. Pasará este tiempo y vendrá el invierno y, entonces, ni siete ni tres ni nada. Con un brazo sobre otro a ver caer la nieve y a pasar el día con el mendrugo que le queda a uno del verano, cuando no con un vaso de vino y una patata. ¡Y que esto no falte para los siete que somos de familia!

El invierno es el verdugo del campo. Sus hombres lo ven llegar con el corazón encogido. Antonio es una de sus víctimas.

Lo he vuelto a ver en este otoño. Estaba en la taberna con ocho jornaleros más; los nueve, parados. Con el puño en la barba y un cigarro de hojas secas en el labio, esperan ya varios días que alguien entre y diga: «Tengo trabajo para ti». Antonio está más flaco, su voz no es la misma entusiasmada de este verano, sus ojos se han puesto hondos y tristes. El invierno empieza su faena de hambre.

Asimismo, Miguel, en una carta de junio de 1935 dirigida a Juan Guerrero Ruíz (1893-1955), hombre de letras y editor murciano, confesaba su cambio ideológico (Hernández Gilbert, 1992):

Ha pasado algún tiempo desde la publicación de esta obra⁸, y ni pienso ni siento muchas cosas de las que digo allí, ni tengo nada que ver con la política católica y dañina de *Cruz y Raya*⁹, ni mucho menos con la exacerbada y triste revista [*El Gallo Crisis*] de nuestro amigo [Ramón] Sijé.

En el último número aparecido recientemente de *El Gallo Crisis*¹⁰ sale un poema mío escrito hace seis o siete meses¹¹: todo él me suena extraño. Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica [...]. Estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrenas hasta más no poder, estaba traicionándome y suicidándome tristemente.

Fue Pablo Neruda, agregado cultural en el Consulado de Chile en Madrid, a quien Miguel Hernández conoció en 1934 en la capital, el que le animó, por considerar al alicantino «demasiado sano»¹² para soportarlo, a alejarse del «olor a iglesia ahogado en incienso»¹³ y del «tufo sotánico-satánico»¹⁴ que representaba *El Gallo Crisis* y toda la ideología conservadora y católica que sustentaba esa publicación.

Puede afirmarse, por tanto, que, a raíz de un cambio ideológico en un contexto de nuevas amistades y de convulsiones sociales y políticas en España que afectaron hondamente al poeta y le provocaron una crisis de identidad, la visión teológica católica que sustentaba su conservadurismo social y su percepción del amor como tentación carnal y fuente de culpa dio paso a una visión terrestre y materialista —en el sentido filosófico— de la existencia, del problema social y de las pulsiones del cuerpo, abandonando desde 1935 el esteticismo y el elitismo de la «poesía pura».

En el ámbito poético ese cambio tuvo lugar con el poemario *El rayo que no cesa* (1936), donde el amor, casi místico y sublimado en proyectos anteriores como *El silbo vulnerado* (1934), adquirió un acento de pasión atormentada, de anhelo insatisfecho y de ansias de posesión sexual. A través de esa obra Miguel se adentró en el surrealismo romántico, fundiendo esa nueva concepción lírica con la tradición barroca. Con el estallido de la Guerra Civil, el libro *Viento del pueblo* (1937) marcaría la entrega total de Hernández a la estética de la «poesía

impura» manchada por la pasión, el ímpetu social y la afinidad radical con la libertad y la defensa de los valores humanos y populares¹⁵.

En cuanto al campo prosístico, el drástico viraje desde un aparatoso lirismo neorromántico y neogongorino a textos donde el poeta describía las duras condiciones de vida y la opresión de la clase trabajadora agrícola y tomaba partido por ella, además de en el citado artículo «Verano e invierno» (1935), se manifestaría en la prosa «Los bandidos españoles», escrita en Puertollano (Ciudad Real) en marzo de 1936 en el marco de la segunda Misión Pedagógica en la que participó el oriolano¹⁶ (Hernández Gilabert, 1992):

En las montañas andaluzas encontraban la ruda protección que necesitaban contra los fusiles rencorosos de la bárbara Guardia Civil¹⁷. ¿Qué fatalidad los empujaba en caballos relampagueantes a separarse de la vida en común y en el pan general? Hombres populares, de campo y aldea, hijos del labrador más desgraciado y menos cosechero y del cerrajero más mohoso; el hambre por una parte, la esposa, la hermana o la madre ultrajadas por el terrateniente y señor por la principal, y por otra [parte] el padre muerto a palos y a tiros por mandato de aquél, exasperaban el corazón varonil que usaban [y que les llevaba] a hacerles cometer la muerte que los arrebatava desesperados a la serranía. Un hambre afanosa de justicia pura los colocaba orgullosamente fuera de la ley y desde allí imponían la suya. Despoblaban la bolsa, incendiaban la hacienda y se llevaban la vida de los dorados verdugos del pueblo para aliviar la miseria de los jornaleros.

Ya murió Diego Corriente[s],
nata de la serranía,
el que a los ricos robaba
y a los pobres socorría.

La sencilla elegía al generoso Diego Corriente[s]¹⁸, como otras coplas a los demás bandidos generosos, la cantaba la gente humilde, que sentía por ellos amor y admiración y los protegía ocultándolos y defendiéndolos en sus viviendas¹⁹.

La Guardia Civil se volvía loca olivares arriba y barrancos abajo en persecución de unos hombres con los que habían jugado juntos: eran todos de la minería. La rabia de sus corazones tronaba en la soledad de las quebradas por boca de los fusiles sedientamente empuñados. Cuando se enfrentaban bandidos y guardias [civiles] la sangre llegaba hasta el nido del lagarto y el alacrán. Al fin perdía el más noble y justo: el bandido, cayendo contra un olivo con el corazón lleno de plomo. La tierra, al desaparecer su heroico habitante estruendoso, abrevaba su silencio y se hacía más alta y lejana.

Murieron [siendo tenidos] por hombres de mucha dignidad y hombría aquellos rudos y verdaderos administradores de justicia, y sólo queda en la casa de sus biznietos el trabuco, la canana y la historia que nadie se ocupa de desempolvar y revivir.

En definitiva, puede aseverarse que el giro copernicano experimentado por la poética hernandiana como consecuencia de un cambio ideológico y una toma de conciencia de clase por parte de Miguel fue desencadenado por las experiencias de sus estancias en Madrid —en especial desde 1935— y por las nuevas amistades allí trabadas (Neruda, Alberti y Aleixandre). Pero sobre todo se produjo por su contacto directo —en gran medida a través de las Misiones Pedagógicas— con la injusta y opresiva situación de la mayoría de la población española, una situación impuesta por una nociva e insostenible estructura social, política y económica²⁰. Esa realidad contra la que se rebeló el poeta se caracterizaba por el predominio de una oligarquía terrateniente que había bloqueado desde el siglo xix cualquier intento de reforma agraria que permitiese que se repartiesen de